

## DÉCIMASÉTIMA CONFERENCIA.

LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS, SEGUN EL DOGMA DE LA CREACION.

*Cum audissent autem resurrectionem mortuorum, quidam quidem irridebant; quidam vero dixerunt: Audiemus te de hoc iterum.*

« Oyendo que Pablo hablaba de la resurreccion de los muertos, algunos le ridiculizaban, otros le decian : Ya nos hablarás otra vez sobre este asunto. »

(Act. xxvii, 52.)

1. Hemos visto, hermanos míos, al hablar del dogma de la creacion, que la razón filosófica antigua y moderna no han imaginado mas que tres sistemas para explicar el origen del mundo; estos son el *dualismo*, el *panteismo* y el *materialismo*. Pero la consecuencia de estos tres sistemas respecto á la condicion del hombre despues de su muerte, es la misma. Segun los dualistas, muerto el hombre, va á confundirse en la materia eterna; segun los panteistas, es absorbido en la sustancia única, y segun los materialistas, queda reducido á átomos, de que ha sido formado por el movimiento casual. De suerte que, segun estos sistemas, no queda nada del hombre despues de su muerte, no solamente respecto de lo que constituye su sustancia material, sino tambien su sustancia inteligente. Esto precisamente era lo que creian los filósofos de la escuela de Zenon y de Epicuro que se encontraban en el Aréopago de Atenas, cuando San Pablo se presentó para anunciar el Evangelio de Jesucristo. Habiéndole oido hablar de la resurreccion de los muertos, unos le respondian con burlas, otros aplazando indefinidamente la cuestion. Esto es lo que precisamente sucede hoy dia. Nuestros falsos filósofos, negando el dogma de la creacion, niegan tambien el dogma de

la resurreccion de los muertos, que es consecuencia de él y su complemento; y este dogma tradicional, éste dogma humanitario, este dogma universal, no es para ellos sino asunto de desprecio ó de indiferencia. Sin embargo, nada hay tan bello, nada tan magnifico como el dogma de la resurreccion de los muertos, además de ser el mas importante en materia de religion, y el dogma mas razonable bajo el punto de vista filosófico. Esto es lo que nosotros vamos á ver hoy en esta conferencia, y con ella daremos fin á las del presente año.

### PRIMERA PARTE.

2. El dogma de la resurreccion de los muertos es el dogma mas importante bajo el punto de vista religioso. Para probar esta proposicion me valdré de la teología de San Pablo.

Segun la doctrina de este grande apóstol, la historia de la humanidad se reasume toda ella, como en dos personajes simbólicos y universales, en Adan y Jesucristo. « El primer hombre, decia San Pablo, proviniendo de la tierra, es terrestre; el segundo hombre, proviniendo del cielo, es celeste. Asi como el primer hombre fue terrestre, sus hijos tambien son terrestres; y como el segundo es celestial, sus hijos son celestiales tambien; *Primus homo de terra, terrenus; secundus homo de caelo, caelestis. Qualis terrenus, talis et terrenus; et qualis caelestis, talis et caelestis.* (Cor. vx, 47.) De este principio se deduce que, asi como la humanidad en Adan, su padre, ha contraido el pecado, *in quem hominem peccaverunt*; del mismo modo en Jesucristo, su redentor, esta misma humanidad, este mismo hombre, habiendo sido crucificado, expió el pecado y quedó libre de su yugo; *Hoc scientes quia vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruat corpus peccati.* (Rom. vi, 6.) Y como por el pecado de Adan la muerte se introdujo en la humanidad, así por la resurreccion de Jesucristo, la resurreccion, la vida se introdujo en la humanidad. Asi como la muerte de Adan es simbolo y causa al mismo tiempo de la muerte de todos los vivientes, así la re-

resurreccion de Jesucristo es à un mismo tiempo simbolo y causa de la resurreccion de los muertos; *Quidem per hominem mors et per hominem resurrectio mortuorum; sicut in Adan omnes morientur, ita et in Christo omnes vivificabuntur.* (1. Cor., xv, 21, 22.) Y no puede ser de otro modo, dice San Pablo; porque, si el crimen en un solo hombre ha sido bastante para introducir la muerte en el mundo, la gracia y los méritos del Redentor deben ser mas eficaces, siendo este redentor, no solamente hombre, sino tambien Dios; *Si unius delicto multi mortui sunt, multo magis gratia Dei et do. num in gratia unius hominis Jesu Christi in plures abundavit.* » (Rom., v, 15.) « ¡Qué palabras tan bellas! exclama aqui Santo Tomás; ellas nos revelan la armonia de los misterios de Jesucristo, nos enseñan que el mérito de Jesucristo debe ser mas eficaz para destruir, para borrar la muerte, que ha sido el pecado de Adan para hacerla reinar. »

Pero esto, hermanos míos, no seria asi si los muertos no resucitaran; si la resurreccion de los muertos no fuera un dogma decretado, un hecho resuelto, decidido en los eternos consejos de la Providencia y de la sabiduria de Dios, hubiera concluido la religion. Esta es la doctrina, esta es la argumentacion de San Pablo. « Si los muertos no resucitaran, dice este apóstol, ni el mismo Jesucristo hubiera resucitado, *Si mortui resurgunt, neque Christus resurrexit.* » ¿Por qué? Porque no habiendo podido Jesucristo, y no pudiendo resucitar à los hombres, que son sus miembros, no ha podido ni puede resucitarse à si mismo, que es nuestra cabeza; *Si mortui non resurgunt, neque Christus resurrexit.* Porque si Jesucristo no ha resucitado, es porque no ha podido triunfar de la muerte; si no ha podido triunfar de la muerte, que es un efecto del pecado, mucho menos habrá podido triunfar del pecado, que es la causa de la muerte. Por consiguiente, Jesucristo nos ha libertado del pecado; y permanecéis siempre, decia San Pablo, en vuestro antiguo pecado, y estais siempre bajo el peso del terrible anatema; *Si Christus non resurrexit, vana est fides vestra, adhuc enim estis in peccatse vestris.* (1. Cor., xv, 16, 17.) Y si Jesucristo no nos ha libertado, entonces Jesucristo no es Dios, no es sino hombre; entonces nuestra predicacion, añadia San Pablo, nuestra predicacion

no es sino la de la impostura, vuestra fe no es sino la de la supersticion, la de la locura; el cristianismo entero no es mas que el absurdo: *Si Christus non resurrexit, inanis est ergo prædicatio nostra inanis est fides vestra.* (1. Cor., xv, 14.) De suerte que ya veis que toda la fuerza del argumento de la redencion se apoya en la resurreccion de Jesucristo; y segun San Pablo, la prueba, la señal de que Jesucristo ha resucitado, es que resucitará tambien à todos los hombres. Con el fin de que no pueda decirse que Jesucristo ha apoyado en un hecho futuro la prueba de su resurreccion, que ha sido un hecho presente, el mismo Evangelio, que nos atestigua la resurreccion de Jesucristo, nos atestigua tambien la resurreccion de los patriarcas, la resurreccion de los profetas, la resurreccion de los santos del antiguo Testamento, que resucitaron con Jesucristo el mismo dia de la resurreccion de Jesucristo, y se manifestaron en Jerusalem; *Multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt, et exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem, et apparuerunt multis.* (Matth., xxvii, 52, 53.) De suerte que Jesucristo ha dado al mismo tiempo prueba de su divinidad por su resurreccion, y de su propia resurreccion por la resurreccion de todos los santos, de todos los profetas, que él resucitó el mismo dia con él, dándonos en esta resurreccion las primicias y la esperanza de lo que hará un dia con todo el género humano.

Pero ¿por qué, direis, por qué Jesucristo, en vez de alcanzarnos la gloria de resucitar, no nos ha libertado de la necesidad de morir? San Pablo va à explicarnos este gran misterio. « El cuerpo del hombre está sujeto à la muerte por causa del pecado. El cuerpo vivirá por la justificacion; pero el que ha resucitado à Jesucristo de la muerte, resucitará tambien nuestros cuerpos mortales, à causa del espíritu de Dios, que habita en el hombre; *Corpus quidem mortuum est propter peccatum, spiritus vero vivit propter justificationem. Sed qui suscitavit Jesum Christum a mortuis vivificabit et mortalia corpora vestra, propter inhabitantem spiritum ejus in vobis.* (Rom., viii, 10, 11.)

5. Jesucristo al tomar nuestra naturaleza se ha revestido del cuerpo humano. Pero esto cuerpo, como dice San Pablo, no

era sino el tabernáculo augusto, admirable, enteramente perfecto, porque no es un tabernáculo hecho por la mano del hombre, sino de creacion divina; *Tabernaculum non manu factum.... per proprium sanguinem introivit in Sancta.* (Hebr., ix, 11, 12.) El cuerpo de Jesucristo, unido hipostáticamente, así bien como su alma, á la persona del Verbo, era un cuerpo puro, inmaculado, santo, perfecto, divino; un cuerpo exento de toda concupiscencia, un cuerpo exento de todas las manchas del pecado, un cuerpo que no tenia nada punible en sí mismo, que nada tenia que expiar en sí mismo; un cuerpo que nada debia á la muerte, y que no estaba sujeto á la muerte. Pero nosotros los hombres, nosotros, ingertos impuros del árbol de Adán, nosotros tenemos un cuerpo concebido en el pecado, un cuerpo que nos arrastra hácia el pecado y parece obedecerle, un cuerpo corrompido, caduco, mortal. Y si Jesucristo ha muerto no habiendo tenido sino la semejanza exterior del pecado, *in similitudinem carnis peccati* (Rom., viii, 3.), nada es mas justo, nada es mas razonable, nada es mas necesario que nosotros tambien muramos; nosotros, que no tenemos el exterior, la semejanza del pecado, sino la funesta, la horrible realidad del pecado. Aun cuando pues nuestro espíritu está vivo por la posesion de la gracia que recibimos por medio de los sacramentos; aun cuando nuestro espíritu está vivo en Dios y para Dios, nuestro cuerpo está siempre sujeto á la muerte, está siempre bajo el imperio de la muerte; *Corpus quidem mortuum est propter peccatum, spiritus vero vivit propter justificationem.* Pero Jesucristo al hacerse hombre, al entrar en los límites de la naturaleza humana, depositó en ella su espíritu. Del mismo modo que murió por haber tomado nuestro cuerpo, que es mortal, así tambien nosotros debemos resucitar porque ha dejado en nosotros, y porque tenemos en nosotros su espíritu divino, que es inmortal. El ha muerto porque ha tomado lo nuestro; nosotros resucitarémos porque hemos tomado de él. El mismo espíritu que resucitó á Jesucristo nos resucitará á nosotros tambien; *Corpus quidem mortuum est propter peccatum, spiritus vero vivit propter justificationem. Sed qui suscitavit Jesum Christum a mortuis, vivificavit et mortalia corpora vestra.*

4. Así pues, hermanos míos, esta doctrina os explica toda la economía de la redencion y de la salvacion. Santo Tomás añade: « Jesucristo ha obrado hácia nosotros en calidad de cabeza; nosotros somos sus miembros, pues San Pablo ha dicho: *« Multi unum corpus sumus in Christo. »* (Rom., xii, 5.) La humanidad no forma con Jesucristo mas que un solo cuerpo, de que él es cabeza; y si la muerte de la cabeza arrastra la de los miembros, Jesucristo ha muerto, nosotros debemos morir tambien; pero Jesucristo ha resucitado, y por el mismo espíritu por el que ha resucitado Jesucristo, tambien nosotros resucitarémos un dia. Y á esta doctrina hizo alusion cuando decia: « Yo soy la resurreccion y la vida: el que crea en mí, aunque muera por el pecado, aunque muera con relacion al cuerpo, vivirá con relacion al espíritu, y vendrá dia en que vivirá tambien con relacion al cuerpo. Y entonces todo el hombre, espíritu y cuerpo, vivirá por su union conmigo; porque en mí se personifican, se identifican la resurreccion y la vida, así como en Adán se identificaron y personificaron la corrupcion y la muerte; *Ego sum resurrectio et vita: qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet: et omnis qui vivit et credit in me, non morietur in aeternum.* » (Joan., xi, 25, 26.)

« Cuando este grande oráculo se cumpla, verémos que Jesucristo, dice San Pablo, no solamente nos ha libertado de la primera muerte, que es el pecado, que es la verdadera muerte, porque es la muerte del alma, sino que nos ha libertado tambien de la segunda muerte, que es la muerte del cuerpo; *Novissima inimica destruetur mors.* » (Cor., xv, 26.) Entonces se cumplirá la grande profecía de Oseas, que dice que la victoria de la muerte será absorbida por la victoria del Redentor, y que la muerte será destruida, será abolida para siempre; *Tunc fiet sermo qui scriptus est: absorpta mors in victoria.* (1. Cor., xv, 54; Os., xiii, 14.) « ¡Almas cristianas, decia San Pablo escribiendo á los filipenses, almas cristianas, valor! Vosotros, que haceis tantos sacrificios para conservar vuestra castidad, que haceis los mayores esfuerzos por despreciar las exigencias de la carne, los apetitos de la concupiscencia; vosotros, que os abstenéis de lo que es permitido por no dejaros arrastrar á lo que está prohibido; vos-

otros, que vais mas allá del deber por no veros expuestos á faltar al deber, ¡ valor! ¡ Qué os importa que este edificio de polvo haya de descomponerse un día, por algunos días, bajo los terribles golpes de la muerte? ¡ Ah! sabemos que Jesucristo reformará un día este cieno humillado, menoscabado por la muerte; que él le reformará, sirviéndose de sí mismo como modelo; *Reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ.* » (Philip., III, 21.) Dios, por medio de un amor mas grande todavía que aquel con que animó el limo del primer hombre, conformará por segunda vez nuestro cuerpo; hará de él su tabernáculo augusto, que no deberá mas que á Dios solo su nueva estructura, sus proporciones, su belleza. En este tabernáculo vivo el alma, sacerdote eterno, ofrecerá ante Dios sacrificios eternos por medio de una inmolación misteriosa que formará su dicha y su felicidad, *Scimus enim quoniam si terrestris domus nostrâ hujus habitatio nis dissolvatur, quod ædificationem ex Deo habemus, domum non manu factam æternam in cœlis.* (2. Cor., V, 1.)

Tal es, hermanos míos, la importancia de la resurrección de los muertos bajo el punto de vista de la religión. Veamos ahora cuán razonable es este dogma bajo el punto de vista de la filosofía.

## SEGUNDA PARTE.

5. Hablando el profeta Isaías de la resurrección de los muertos, se explica en estos términos: « Vendrá un tiempo en que la tierra parirá en un día, y todo el género humano renacerá á una nueva vida; *Parturiet terra in die una et parietur gens simul.* » (Is., LXVI, 8.) Según estas palabras, en la resurrección de los muertos Dios es el padre que engendra, la tierra es la madre que concibe, la tumba es el seno que pare, la humanidad entera es el hijo que vuelve á la vida; *Parturiet terra in die una, et parietur gens.* Dios, por lo tanto, no hará entonces un prodigio nuevo; Dios no hará mas que repetir en un instante lo que ha hecho en el trascurso de los siglos. « El

milagro de la resurrección de la carne es menos grande, dice San Jerónimo, menos admirable que el de la creación. Es un milagro mas grande, hermanos míos, el que tenemos todos los días á nuestra vista, la existencia de tantos hombres que hace algunos años no existían. La omnipotencia de Dios ha criado de la nada vuestra alma y vuestro cuerpo; milagro mas grande que el de la resurrección, en que no se trata mas que de resucitar una parte del hombre, su cuerpo, pues que el alma existirá siempre. Únicamente los filósofos, que niegan á Dios el poder de crear, son los que pueden negarle el poder de resucitar al hombre. »

Pero véase la mayor dificultad que se pone al dogma de la resurrección de los cuerpos. Se dice: « Si Dios no hiciera otra cosa que dar á cada alma un cuerpo cualquiera, esto se comprendería: Dios, que ha criado el mundo de la nada puede crear diferentes cuerpos, y dar uno de ellos á cada alma. Pero entonces esto sería una nueva creación, y no una verdadera resurrección. ¿Cómo ha de arreglarse Dios para volver á cada alma su propio cuerpo, puesto que un gran número de cuerpos han sido consumidos por el fuego, devorados por bestias feroces? » San Pablo ha previsto esta dificultad, y hace ya diez y ocho siglos que ha respondido á ella. « Debeis saber, decía, que hay diferencia entre carne y carne, y que la condición de la carne del hombre no es la misma que la del bruto; *Non omnis caro, eadem caro, sed alia quidem hominum, alia vero pecorum.* (1. Cor., XV, 39.) Es decir, según San Agustín, seguido por Santo Tomás, que el cuerpo, la carne del bruto, al descomponerse, se destruye enteramente como se destruye su alma; pero la carne del hombre, aun cuando sea consumida y aun digerida, no perece jamás enteramente, queda siempre un principio, un germen que Dios hace indestructible. Luego este germen, este principio de carne de cada cuerpo humano que Dios ha hecho indestructible y que no se convierte en otras sustancias, Dios sabrá encontrarle al fin del mundo, lo volverá á aquella por medio de la cual ha sido animado, y así es como el hombre volverá á tomar su cuerpo.

Establecida esta distinción, veamos cómo continuaba San Pablo en presencia de los enemigos de la resurrección de los

cuerpos. « Insensatos, les decia, cuando quereis tener trigo no poneis el tallo en la tierra; vosotros no haceis mas que derramar la simiente en ella, y despues Dios, en virtud de las leyes que ha establecido para la vegetacion, Dios es quien da á esa semilla el volúmen, el desarrollo que le conviene; *Insipiens, tu quod seminas non vivificatur, nisi prius moriatur. Et quod seminas non corpus; quod futurum est, seminas, sed nudum granum. Deus autem dat illi corpus sicut vult.* » (1. Cor., xv, 35, 36, 37.) Lo mismo sucede al hombre. Su talla, su fuerza, su vigor no los ha traído del seno de su madre; todo esto le ha venido de fuera, todo esto le ha venido del contacto, de la comunicacion con todos los elementos exteriores; todo esto le ha venido por efecto de las leyes que Dios ha establecido para la nutricion y desenvolvimiento de los seres. « Luego no hay otra diferencia, dice San Agustin, entre este estado y el que recibirá el hombre en el último dia, mas que esta : Durante la vida Dios no da á nuestro cuerpo su desarrollo sino de una manera lenta, sucesiva, por la nutricion, por la vegetacion propia de nuestra salud; en vez de que en el último dia del mundo nos dará todo esto en un instante. « Pero observad bien, hermanos míos, que el hombre llegado á la edad madura es numéricamente el mismo que era en el estado de gérmen en el seno de su madre, aunque su magnitud, su volúmen, sus fuerzas, como acabo de decir, le hayan venido de fuera. Del mismo modo, aunque la magnitud, la talla, el complemento del cuerpo humano en el último dia del mundo nos vengan por el poder de Dios, puesto que este crecimiento se hace bajo la misma alma, que es la forma sustancial de cada cuerpo, puesto que este crecimiento se hace alrededor del mismo gérmen, el hombre de la resurreccion es numéricamente el mismo hombre que el hombre del primer nacimiento, de la primera vida; y por consiguiente, decia San Pablo, no hay dificultad ninguna : así es como acontecerá la resurreccion de los muertos.

Razonable en sus principios, el dogma de la resurreccion es razonable en su objeto y en sus fines.

6. En primer lugar, uno de los fines de este dogma es poner en armonía á la humanidad con el orden providencial. Aun cuando nuestro cuerpo haya sido formado del limo de la

tierra, sin embargo, por un privilegio que Dios concedió á la humanidad, el hombre debia quedar exento de la corrupcion de la tumba. La muerte no es obra de Dios; *Deus mortem non fecit.* (Sap., i, 15.) La muerte no ha entrado en el mundo sino como consecuencia y en compañía del pecado; *Per peccatum mors.* (Rom., v, 12.) Y si el hombre no resucitara, seria cierto que el hombre, la mas débil de las criaturas, habria destruido para siempre los primitivos designios de la providencia, de la sabiduria de Dios, que quiso crear al hombre indestructible, inmortal. ¡No! esto no puede, esto no debe ser. Dios pues, al resucitar á todos los hombres el último dia, hará ver al universo que puede permitir por algunos instantes que se interrumpan sus decretos, sus designios, su voluntad formal; pero no que se triunfe de Dios para siempre, sino que, por el contrario, Dios es quien triunfa de todo, y que su poder así triunfa del mal como ha triunfado de la nada.

En segundo lugar, ese dogma es conforme al orden humanitario, al orden psicológico del alma. Santo Tomás advierte que, siendo el alma humana, segun lo que ha decidido la Iglesia en sus concilios, forma sustancial de nuestro cuerpo, es propio de la sabiduria infinita poner en armonía (comprender, hermanos míos, la bella doctrina del Angel de las escuelas); que es propio de la sabiduria infinita de Dios el poner en armonía las materias con las formas, los cuerpos con las almas. Puesto que el alma humana es simple, indestructible, inmortal, Dios, al instituir la naturaleza humana, ha dado desde los primeros instantes del mundo al cuerpo del hombre cierta incorruptibilidad, con el fin de que ese cuerpo pueda ser compañero proporcionado, materia apta del alma, ser indestructible é inmortal; con el fin de que el cuerpo pueda vivir siempre, puesto que el alma vive siempre tambien. El pecado trastornó este orden admirable. Por el pecado, así como el alma ha perdido la gracia que la sublimaba hasta la altura de Dios, el cuerpo ha perdido la incorruptibilidad que le sublimaba hasta la altura, hasta la nobleza del alma, siendo la muerte resultado de todo. Pero el alma por su esencia está unida al cuerpo, está coordinada con su cuerpo, no puede ser perfecta sino en su union con el cuerpo. Por consiguiente, es contrario á la naturaleza del

alma estar siempre separada del cuerpo. « Y si todo lo que es contrario á la naturaleza, dice Santo Tomás, no puede durar siempre, tampoco puede durar siempre la viudez, la separacion del alma con su cuerpo. »

« El dogma de la resurreccion de los cuerpos, concluye Santo Tomás, deberá su cumplimiento á la omnipotencia de Dios; y bajo este aspecto, la resurreccion de los cuerpos será el mas grande de los prodigios de la omnipotencia de Dios despues del prodigio de la Eucaristia. Pero con relacion á su fin, con relacion á su objeto, la resurreccion de los cuerpos será la cosa mas sencilla, la mas natural, la mas ordinaria, la mas necesaria; porque es de toda necesidad que la forma eterna, que es alma, esté unida á su cuerpo, á su materia; porque no es posible que una alma, que una forma eterna esté siempre separada de la materia que ella ha formado substancialmente. »

En fin, el último objeto del dogma de la creacion es el restablecimiento del órden universal. Tertuliano dice: « Es una ley de la creacion que todo lo que concluye vuelva á comenzar; que todo lo que esté consumido se restaure; que todo lo que muere reviva. Luego no es posible, decia el mismo doctor, que el hombre, dueño y soberano de todos los seres que perecen para revivir, que concluyen para volver á comenzar, que se consumen para ser restablecidos, nos es posible que el hombre perezca sin resucitar. » Así que, el dogma de la resurreccion de los cuerpos nos explica la naturaleza entera, es la última palabra de la creacion, es la perfección de la creacion, es la restauracion del órden general, el complemento de las magnificas armonias del universo.

Solo me resta, hermanos míos, ocuparos un instante con la economia de la resurreccion de los cuerpos.

### TERCERA PARTE.

7. San Pablo decia tambien á los primeros cristianos: « Aun tengo que anunciaros un gran misterio, y es, que todos resucitarémos en un dia; pero no todos nos trasformarémos

de la misma manera: *Ecce misterium vobis dico: omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur.* (1. Cor., xv, 51.) En estas palabras se encierra la economia de la resurreccion de los muertos.

Esta resurreccion se hará, como acabamos de ver, por la virtud, por el poder de Jesucristo. « Así como Jesucristo será la causa y razon de esta resurreccion, así, decia San Pablo, Jesucristo será tambien el modelo mismo de la resurreccion; nuestros cuerpos resucitarán de una manera perfecta, modelados bajo el cuerpo perfecto, bajo la edad madura de Jesucristo; *In virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi.* (Eph., iv, 13.) Así, en este segundo nacimiento de la humanidad no habrá defectos, no habrá desigualdades. Todos los que hayan muerto en la edad de la infancia, todos aquellos á quienes haya faltado alguna parte de su cuerpo, todos los que hayan tenido defectos en su organizacion fisica, todos resucitarán iguales en su edad, en la misma estatura, en el mismo vigor que Jesucristo; *In mensuram ætatis plenitudinis Christi.* El hombre de la resurreccion será el hombre de la creacion primitiva; el hombre de la resurreccion tendrá todo lo que corresponde al hombre por los derechos de la institucion original.

Pero, así como el estado de los cuerpos no es el mismo en el órden moral, tampoco en el órden de la gracia será el mismo el estado de los cuerpos; *Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur.* El alma de los justos, unida á Dios por la gracia santificante, participará de la misma vida de Dios, será resplandeciente de la misma luz de Dios, gloriosa de su misma gloria, será feliz de su misma felicidad. Estas condiciones de la vida divina del alma se transmitirán á los cuerpos, y el cuerpo del bienaventurado será un cuerpo adornado de todas las calidades sublimes del alma á que esté unido; será un cuerpo ligero, espiritualizado, ágil, glorioso, resplandeciente, imposable. Al contrario, los cuerpos de los réprobos, separados de Dios por el pecado, separados de la luz de Dios, de la imposibilidad de Dios, de la dicha, de la felicidad de Dios, serán torpes, pesados, oscuros, pasibles, dolientes; á esto es á lo que Jesucristo hacia alusion cuando decia que vendria un dia en que los muertos, encerrados en la tumba,

oirían la voz del Hijo de Dios, y saldrían de sus sepuleros para ir, los que hubieran obrado bien á la resurreccion de la vida, los que hubieran obrado mal á la resurreccion del juicio; *Et procedent, qui bona fecerunt in resurrectionem vitæ, qui mala egerunt in resurrectionem judicii.* (Joann., v, 29.) De esta manera es como se cumplirá la palabra de San Pablo: « Todos resucitarán conformes á lo natural, pero no todos serán igualmente transformados en el orden de la gracia; *Omnes quidem resurgetur; sed non omnes immutabimur.* »

8. Hermanos míos, cualquiera que sea nuestro modo de pensar, de creer, de vivir, no podemos evadirnos de una de estas dos condiciones: ó de la resurreccion del juicio ó de la resurreccion de la vida: *In resurrectionem vitæ, in resurrectionem judicii.* Tratemos pues de vivir en Jesucristo para libertarnos de la resurreccion del juicio, y para participar de la feliz resurreccion de la vida. Entre tanto os suplico que deduzcais dos consecuencias de todo lo que acabo de deciros y de todo lo que os he dicho en el curso de estas conferencias. La primera es esta: habeis visto que los errores, los sistemas que oponen los filósofos al dogma de la creacion y á todos los demás dogmas que hemos desenvuelto en el curso de esta predicacion, son sistemas absurdos que carecen de sólido fundamento y que descansan en sofismas muy antiguos, pulverizados desde hace muchos siglos por los padres de la Iglesia y por los apologistas de la religion. Y bien; debeis creer pues, hermanos míos, que sucede lo mismo con las otras dificultades que opone la incredulidad á los demás dogmas católicos. No os dejéis engañar; estad seguros de que no hay dificultad irresoluble: todas las que han opuesto la incredulidad y la herejía á la enseñanza católica han sido destruidas y resueltas hace mucho tiempo. Así pues, cuando se os presenten esas pretendidas é indisolubles dificultades contra un dogma católico, estais autorizados para responder: « Yo no conozco la ciencia eclesiástica, no puedo responderos como corresponde; pero si estoy cierto que Dios quiere que creamos cosas que no están al alcance de nuestra razon: pero cosas que no son por eso contrarias á la razon; sé que Dios maneja la razon del hombre, y que es necesario que el homenaje de la razon sea razonable, así como es necesario que el homenaje de la fe sea fiel.

La segunda consecuencia, en fin, hermanos míos, es esta: habeis visto cuán funestos son los sistemas que opone el racionalismo á la verdad católica; es preciso prescindir, por lo tanto, de esa enseñanza, que está fuera de los dogmas del catolicismo. ¡Ah, hermanos míos! esas doctrinas filosóficas de que hace muchos años está inundada la Francia, ¡qué mal tan grande os han hecho, no solamente bajo el aspecto religioso y moral, sino tambien bajo el aspecto científico, bajo el aspecto civil, bajo el aspecto político, bajo el aspecto social. Por lo tanto, si quereis salvar vuestro país, es menester que renunciéis cuanto es posible á toda enseñanza en materia de religion y moral que esté fuera de la religion. El catolicismo, os he dicho, y no me cansaré jamás de repetirlo, el catolicismo es quien constituye la grandeza de la Francia; al catolicismo es á quien debe su vigor y su gloria; por el catolicismo es por quien puede conservar esas condiciones; por el catolicismo, y no por la enseñanza puramente filosófica, es como podréis conservar esa supremacia moral sobre todos los pueblos y sobre todas las naciones, que parece haberos legado Dios en interés de la civilizacion del mundo.

¡O santa Religion Católica, cuán bella, cuán majestuosa, cuán sublime, cuán divina eres! Ella sola es la que nos da la explicacion del Criador y de la criatura, de Dios y el hombre; ella sola nos explica el hombre del principio y el hombre del fin, el hombre decaído y el hombre regenerado, el hombre de la tierra y el hombre del cielo, el hombre de este siglo y el hombre de los siglos futuros. Solo esta religion nos explica la creacion y la redencion, la naturaleza y la gracia, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad. Esta religion es la única que ha iluminado el espíritu del hombre; que lo sublima, reformando su corazon; que lo santifica y lo perfecciona. Y bien, hermanos míos; permanezcamos fieles á esta religion, respetemos sus dogmas por nuestra fe humilde, practiquemos su culto, cumplamos sus leyes: ella nos hará felices en el tiempo, y nos hará mas felices todavía en la eternidad, que el buen Dios os conceda.

9. Pero resumamos en algunas palabras los graves é importantes asuntos que hemos tratado este año. Con la historia de la filosofia en la mano, hemos visto que siempre y por do quier,

al prescindir del dogma de la creacion, la razon filosófica, como lo han observado Lactancio y Bossuet, perdió toda regla de verdad y precipitóse en toda clase de errores. Hemos visto que, fuera del dogma de la creacion, no hay medio de explicar, no solo la existencia del mundo, sino ni aun el menor, el mas insignificante, el mas vulgar de todos los fenómenos; que, fuera del dogma de la creacion, no solamente no se puede asignar una razon, una razon suficiente, adecuada, precisa, cierta, completa, sino ni aun siquiera probable, aparente, especiosa, del origen de las cosas; que fuera del dogma de la creacion, no solamente hay ausencia de toda verdadera luz, relativamente á esos inmensos problemas, á esos fenómenos inmensos de grandeza, variedad, perfeccion de los seres, existencia del movimiento del orden, y armonía del universo, sino tambien ausencia de esas falsas luces que impresionan á lo menos los ojos, si no los alumbran; y solo resultan la incertidumbre, la oscuridad, las tinieblas. Por último hemos visto que el DUALISMO, el PANTEISMO, el ATOMISMO, solos sistemas que, fuera de la revelacion divina, supo inventar la filosofia humana para explicar hechos tan maravillosos, distan mucho de ser sistemas de filosofia, sino abortos informes, sueños huecos, vanos, pueriles, ridículos incomprensibles, repugnantes, contradictorios, absurdos, y de nignun modo admisibles para la razon. Hemos hallado la prueba incontestable, la prueba sin réplica de esta verdad en este hecho característico observado por San Basilio: y es que la misma razon filosófica que construyó tales sistemas, nunca moró definitivamente en ellos, ni los aceptó de un modo definitivo; y despues de haberles tributado adoracion en un tiempo y demoliéndolos en otros, acabó por barrerlos todos de una vez, como incapaces de satisfacer á la razon, como contrarios á esta, y por gritar en alta voz: NO HAY MEDIO DE SABER LA MENOR COSA EN PUNTO ALGUNO, esto es, sumirse y desaparecer en el escepticismo; mientras que, al contrario, el dogma de la creacion, solo sistema *posible, racional, concebible* para el espíritu humano; solo sistema que, por el modo en que no fue revelado, abrigo la mayor *magnificencia*, la mas alta *filosofia*, la mas fulgurante *verdad*; triunfando de los estragos del tiempo, de los ataques de la razon y las fusiones humanas, sobrenadó y

sobrenada en la superficie de todos los errores, permaneciendo siempre firme é invicto en la conciencia y fe del universo.

Humíllate razon humana, y avergüénzate de los errores y blasfemias que osastes oponer á la revelacion del dogma de la creacion. Humíllate razon humana ante la grandeza de la razon divina, y confiesa que el dogma de la creacion que la Iglesia se propone, lo deriva esta misma Iglesia de la revelacion de Dios, la fórmula por la palabra de Dios, la aprende en la vision de Dios, en la escuela de Dios; humíllate razon humana y confiesa que nuestra santa madre la Iglesia es incapaz de engañarte ni de engañarse: *Vidi Dominum, et hæc dixit mihi*; y, en este abatimiento, en esta confesion, hallarás tu luz, tu regla, tu guía, tu elevacion, tu grandeza en el tiempo y tu dicha en la eternidad: *Beati qui non viderunt et crediderunt*. Así sea.